

NUEVO ORDEN DEL TRABAJO EN EL MEDIO RURAL: EL EMPLEO EN LA AGROINDUSTRIA

Frida Calderón Bony

Resumen

Es en torno a la articulación entre un territorio agrícola y la movilidad cotidiana de la mano de obra en una escala local/regional en el contexto michoacano que sugiero interrogar las reconfiguraciones del empleo en el medio rural. Privilegiando una mirada desde la movilidad, destaco la disponibilidad de mano de obra como un recurso clave para la implantación del sector agroindustrial. Mi reflexión busca además interrogar al trabajo en dos dimensiones: desde arriba, atendiendo a las lógicas gerenciales (bajo el modelo tylorista/fordista) en las que el campo aparece como una fábrica; y desde abajo considerando las prácticas de los trabajadores. Propongo una separación analítica entre el empleo y el trabajo para cuestionar la equivalencia empleo = trabajo; y como estrategia que permita dar al trabajo potencia heurística para indagar en torno a los sentidos del trabajo agrícola en tanto un oficio de origen campesino. Dicho desdoblamiento analítico puede concebirse como un mecanismo que permita revertir las condiciones de precariedad laboral a partir de la revalorización de los saberes de los trabajadores del campo.

Palabras clave: Trabajo agrícola, medio rural, precariedad laboral, saberes

NEW WORK ORDER IN RURAL AREAS: EMPLOYMENT IN AGROINDUSTRY

Abstract

It is around the connection between an agricultural territory and the daily mobility of labor on a local/regional scale in the Michoacan context that I suggest interrogating the reconfigurations of employment in rural areas. Privileging a perspective from a mobility perspective, I highlight the availability of labor as a key resource for the establishment of the agroindustrial sector. My reflection also seeks to interrogate labor in two dimensions: from above, considering managerial logics (under the Tylerite/Fordist model) in which the countryside appears as a factory; and from below, considering workers' practices. I propose an analytical separation between employment and labor to question the equivalence of employment = work; and as a strategy that allows labor to be given heuristic power to investigate the meanings of agricultural labor as a profession of peasant origin. This analytical unfolding can be conceived as a mechanism to reverse precarious labor conditions by revaluing the knowledge of agricultural workers.

Keywords: Agricultural labor, rural environment, precarious labor, knowledge

Introducción

En los territorios rurales no sólo en México sino en varios países de América Latina se observan procesos productivos que insertos en cadenas globales de valor generan una hiper-especialización del sector agrícola. Se gesta así una suerte de concatenación entre la existencia de grandes extensiones territoriales destinadas a la producción de monocultivos, la instalación de empresas transnacionales en quienes recae la organización de la exportación de dichos productos y además la reorganización del trabajo ligado a dicha producción agrícola. (Morales et. al, 2012; Palermo y Capogrossi, 2020) Dichos procesos se presentan básicamente como una extensión del modelo de tipo fordista-tylorista al medio rural, lo que puede concebirse como una expansión de la organización del trabajo en el sector agrícola a modo de “fábrica”.

En un contexto de múltiples movilidades y relaciones con varios espacios -provocadas principalmente por lazos transnacionales debido a redes de circulación en dirección a Estados Unidos y relaciones cotidianas con el medio urbano, por ejemplo-, los territorios rurales viven rápidos procesos de modificación en sus funciones sociales y reproductivas. Asistimos también a una complejización y/o diversificación de las trayectorias de movilidad de los habitantes rurales concatenado a una nueva organización de las economías domésticas vía los ingresos que los nuevos asalariados representan.

Las transformaciones que conoce la región de Patamban en el estado de Michoacán en la que basamos esta reflexión son evidentes, grandes problemáticas dan cuenta de ello: la disminución de la actividad agrícola de autoconsumo en detrimento de la agricultura de tipo comercial, la pérdida de soberanía alimentaria en la escala doméstica, la desaparición de oficios locales en detrimento de nuevas fuentes de empleo, en particular la desaparición del trabajo de la madera impactado por una fuerte deforestación y un empobrecimiento técnico de la actividad artesanal de producción cerámica como saber tradicional. Pluriactividad, reconfiguración de relaciones con zonas urbanas, emergencia de nuevos actores -profesionistas, empresarios-; además de la consolidación de nuevos imaginarios impulsados en gran medida por el uso masivo de los medios electrónicos, son todos aspectos de lo que se concibe como una nueva ruralidad (Salas y González, 2013; Kay, 2009; Carton de Grammont, 2004 y 2009; Garriaca, 2001).

En este caso veremos que la región se ha especializado en la producción de frutos rojos, mejor conocidos como *berries* (fresas, frambuesas y arándanos) replicando el modelo global de

deslocalización de la producción por parte de empresas agrícolas transnacionales. Un modelo productivista que por lo demás y como lo documentan otras investigaciones, provoca lógicas de extractivismo y acaparamiento de tierras (Gudynas; 2017, Edelman y Leon, 2014; Gras, 2017 y 2013), lo que a su vez genera dinámicas de exclusión y mayor desigualdad y pobreza. No cabe duda de que el medio rural es hoy día el gran escenario de la presencia de la agroindustria transnacional. Estamos ante lo que podemos calificar como grandes tendencias homogeneizantes en escala global. Pero si bien es difícil abstraerse de una serie de transformaciones estructurales que se imponen a la observación del terreno y que se sugieren como definitivas, sugerimos en esta reflexión que es pertinente tratar con más detenimiento la imbricación entre fuerzas de tipo macro y las trayectorias de los sujetos. A la pregunta de ¿cómo hacer emerger cierta singularidad? una respuesta posible la encontramos si otorgamos especificidad a las situaciones de observación durante estancias de trabajo de campo⁵¹ y gracias al conocimiento prolongado del área de estudio.

Frente al conjunto de fenómenos globales que estructuran el contexto del espacio de análisis, mi sugerencia es la delimitación de una mirada antropológica cuya apuesta metodológica busca dilucidar a través de los momentos de comunicación e intercambio con las personas, el ordenamiento o la configuración de un conjunto de relaciones sociales por parte de los sujetos. Se busca en esta vía, identificar lo que el antropólogo Gerard Althabe distingue como una “autonomía relativa”, en este caso de los sujetos respecto a dichas fuerzas globales. En efecto, el repaso de la literatura sobre la presencia de las grandes industrias agroalimentarias en el medio rural provoca antes que nada la sensación de una misma fuerza “formateando” los espacios rurales; en este sentido, de algún modo mi propósito es intentar “sacar” a los sujetos rurales trabajadores de la masa uniforme en donde los posiciona el sistema capitalista. Una interrogación subyace a este planteamiento: ¿cómo la condición de trabajador-empleado de la agroindustria nutre u otorga nuevos sentidos al trabajo?, ¿qué nos dice el trabajo sobre la manera en que se piensan los sujetos?

⁵¹ A partir de 2020 he realizado varias estancias de trabajo de campo en la comunidad de Patamban, Michoacán. He realizado entrevistas con trabajadores del campo, ejidatarios, mujeres que venden comida a los trabajadores, técnicos agrónomos, mayordomos de campo, empresarios locales, representantes de bienes comunales, por ejemplo. Por lo demás, esta región constituye mi terreno de observación y estudio desde hace varios años; habiendo estudiado antes la migración internacional en dirección a los Estados Unidos. Ver: Calderón, 2009 y Calderón, Odgers 2014.

Busco en el fondo dar al trabajo un carácter central en la construcción social e identitaria de los sujetos rurales.

Para dar orden a mi reflexión, describiré en un primer momento el modo en que se ha llevado a cabo la instauración de un modelo de producción continua como forma estandarizada de organización del trabajo agrícola en la región. Enseguida me concentraré en mostrar cómo el empleo en tanto jornalero agrícola en la fresa o en las berries, como se acostumbra decir, provoca cierto ordenamiento de las movilidades en una escala local/regional. En el entrecruzamiento de estos dos ejes: la organización del trabajo en la agroindustria y las movilidades causadas por este tipo de empleo; me interesa mostrar cómo se organiza y transforma el territorio. En un tercer momento es en torno a la experiencia de los trabajadores “que andan en la fresa” que buscaré proponer algunas pistas de análisis en torno a la noción de trabajo.

La inserción del sector agrícola en las lógicas globales

Es bajo el modelo de modernización que la industrialización de la agricultura otorga un lugar cada vez más importante a los saberes tecno-científicos; provocando con ello la inserción de las comunidades rurales en un capitalismo industrial. Es en esta orientación donde se origina el modelo de producción agroindustrial con lógicas financieras, comerciales y especulativas que prima en la región.

La ciudad de Zamora y Tangancicuaro son los dos polos urbanos con los que la comunidad mantiene mayor contacto. Por un lado, estas ciudades funcionan como centros de abastecimiento y consumo, por el otro, han sido también espacios de empleo para la población local. El bajío zamorano se distingue por ser una de las regiones agrícolas más importantes del país. La prosperidad industrial y agrícola que conoce México en la década 1940-1960 adjudican a Zamora una posición central en la agricultura por lo menos gracias a dos elementos importantes: 1) la ciudad pertenece al distrito de riego # 061 y 2) se benefició en esa época de la construcción de la presa de Urepetiro; lo que impidió que se inundaran partes del Valle en la temporada de lluvias y provocó que la mayor parte de las tierras pudieran ser cultivables todo el año. Para esas fechas el bajío Zamorano fungía ya como principal centro comercial y de servicios en la región. En la década de 1940 los cultivos de la región eran principalmente el maíz, el sorgo y el trigo; pero para el inicio

de los años cincuenta puede identificarse un auge en el cultivo de la papa y finalmente, a partir de la década de 1960, se inició la producción de fresa, una producción destinada al mercado externo, principalmente el norteamericano. Las características mismas del proceso de producción de la fresa que demanda mucha agua, es un recurso que potenciará a la región en este cultivo y, por otro lado, el cuidado que demanda el fruto provoca una oferta de trabajo abundante, disponible en las comunidades aledañas. La expansión del cultivo de fresa a partir de los sesenta provocó la instalación de empacadoras que preparan la fruta para su conservación o procesamiento. El empleo femenino en estas empacadoras es característico y a él se han integrado desde hace varios años una población joven de localidades de la región.

La implementación del cultivo de la fresa acarrió la aparición de un conjunto de actividades complementarias como: bodegas de distribución y empaque, venta y distribución de insumos para la producción del campo (herbicidas, fertilizantes, etc.), tiendas de maquinaria agrícola, venta y reparación de dicha maquinaria, tractores, equipos de bombeo, veterinarios, etc. Se consolida así lo que se conoció como el *boom fresero*, funcionando bajo un tipo de producción empresarial (Feder, 1977; Alarcón, 1999, p. 49). Este modelo de producción agrícola responde claramente al modelo tecnológico de lo que se conoció como la revolución verde y obedece a la restructuración de la actividad agrícola que se vive desde el periodo 1940-1960 y cuya principal dinámica es: la mayor rentabilidad posible en la producción y la reducción o incluso desaparición en la diversidad de los cultivos (Álvarez del Toro, 1985). Cabe mencionar que el *rentismo* de las tierras ejidales se generaliza desde esta época, lo que confirma la polarización del sector agrícola entre grandes y pequeños propietarios y demuestra que el acaparamiento de tierras es uno de los principales efectos negativos de este modelo productivo. Se observa que desde este periodo “la usura viene a jugar un papel importante a partir de mecanismos como: las siembras a medias, la venta del cultivo en pie, los prestamos a altas tasas de interés, el empeño de las tierras o de los instrumentos de producción, la sobre-escrituración” (Álvarez del Toro, 1985, p.44) prácticas todas que han contribuido a la monopolización del proceso agrícola. Esta monopolización paulatina de las tierras⁵² es sin lugar a

⁵² La tendencia creciente hacia la acumulación de grandes extensiones de tierras o *land grabbing* según su denominación en inglés, constituye un ejemplo evidente de lo que D. Harvey ha denominado «capitalismo por desposesión» o la «acumulación por expropiación» (Harvey, 2004).

duda el antecedente directo de la presencia generalizada del capital agrocomercial tanto nacional como extranjero que conocemos en la actualidad.

Después de Zamora, es al suroeste de Patamban que debemos destacar el caso del Valle de los Reyes, en donde la mecanización y producción intensiva de frutas para la exportación emergió de manera acelerada. En los Reyes, la aparición del cultivo de frutos rojos se desarrolló alrededor de la mitad de la década de los noventa induciendo una sustitución del cultivo tradicional de caña por el de zarzamora e impulsado en particular por la instalación de empresas comercializadoras y exportadoras con capital de Estados Unidos, Chile y México. La expansión de dicha producción parece constante y ha sido exponencial: 80ha en 1995, 500ha en 2005, 5000ha en 2010 (Thiébaut, 2011). Gracias a innovaciones tecnológicas y agronómicas, las empresas extranjeras, Driscoll's y Hortifrut en particular, orientan y ritman el proceso de producción de la fruta destinado principalmente a la exportación. Mayor comercialización, la apertura de nuevos mercados, el aumento de la extensión de tierras cultivables y una mayor demanda de mano de obra⁵³ son todos factores que suscitaron la emergencia del *cluster*⁵⁴ de las *berries* en la región (Paleta, 2012, p. 19)⁵⁵. Al paisaje de la zafra se sustituyeron las hileras de arbustos con bayas, pero además «se acondicionó la tierra aplanándola, se levantaron guías, y dentro de las parcelas se construyó la infraestructura necesaria para el nuevo cultivo –zonas de empaque, letrinas portátiles, cocinas– para así responder a las normas de higiene requeridas para la exportación de las frutas frescas» (Thiébaut, 2011, p. 56).

Siguiendo este mismo modelo, en la actualidad durante prácticamente todo el año el valle de Tangancícuaro⁵⁶ “está bajo producción agrícola con alta tecnología, uso intensivo de agroquímicos y fertilizantes, semillas mejoradas, maquinaria, riego por canales, riego por goteo,

⁵³ En Michoacán se estima que hay alrededor de 400 000 jornaleros agrícolas.

⁵⁴ Se distingue como un *cluster* a un conjunto de empresas que laboran en un mismo sector de producción y que colaboran estratégicamente para lograr mayores rendimientos y beneficios comunes.

⁵⁵ Con aproximadamente 4mil hectáreas destinadas al cultivo de Zarzamora, el valle de los Reyes es uno de los principales productores; cuenta con agua suficiente, tierras de buena calidad, y un clima templado apto para dicho cultivo. (Paleta Pérez, 2012)

⁵⁶ El valle de Tangancícuaro tiene una extensión de aproximadamente 36Km² con altitudes de 1650 a 1800m y ha sido tradicionalmente una zona de cultivos; por su proximidad, el cerro de Patamban es una de sus principales fuentes de agua (Pimentel, Velázquez y Palerm Viqueira, 2011) En el 2016, la municipalidad registra a la fresa, la zarzamora y el arándano como los tres principales cultivos del Municipio.

riego por aspersión, acolchados, túneles e invernaderos. Los trabajadores contratados para las labores de cultivo provienen en su mayoría de los pueblos indígenas aledaños” (Pimentel, Velázquez y Palerm Viqueira, 2011); pero cabe mencionar que según constan nuestros entrevistados, de manera cada vez más frecuente es posible encontrarse con jornaleros originarios de Chiapas o Guerrero a quienes las empresas hospedan en dormitorios construidos en los mismos espacios de cultivo. Podemos constatar que en Tangancícuaro⁵⁷ se ha llevado a cabo un proceso de reconversión productiva idéntico al del valle de Los Reyes, el mismo modelo que en otras regiones del país, de América Latina e incluso del mundo (Giarracca, 2017; Garrapa, 2017). En este tipo de configuración productiva, la búsqueda constante de alta rentabilidad y la producción forzada han aumentado considerablemente los impactos ambientales a través de la explotación de los recursos tanto naturales como humanos.

Finalmente, en el caso de Patamban, es hacia mediados de los años 2000 que comenzamos a constatar la existencia de una población joven que desalentada e imposibilitada de emprender la experiencia de la migración internacional, debido en parte a la crisis económica del 2008, se quedaba en el pueblo e integraba paulatinamente un contingente de mano de obra en el sector agro exportador de la región. También, es en la última década que el paisaje que lleva de Tangancícuaro al pueblo se ha transformado de manera drástica. La imagen de extensiones de tierra invadidas por túneles plastificados de producción intensiva hace eco del paisaje global de la industria agrícola a gran escala⁵⁸. En el perímetro de esta carretera se pueden observar parcelas de cultivo cubiertas con túneles de plástico blanco que se sabe son destinados a la producción continua de frutos rojos. A esta visión hay que agregar construcciones de concreto de grandes proporciones que sirven como bodegas o lugares de almacenamiento, la circulación cada vez más numerosa y constante de camionetas o camiones con trabajadores en las carreteras de la región, la presencia de pipas que transportan agua, la aparición de “ollas agrícolas” destinadas al almacenamiento de agua, comercios que venden insumos agrícolas, letrinas de plástico en pie de campo; toda una infraestructura al servicio del capital de producción de los frutos.

⁵⁷ La municipalidad de Tangancícuaro ocupa el segundo lugar en producción de frambuesas en Michoacán, después de Los Reyes que ocupa el primer lugar.

⁵⁸ Las tierras son ricas y reconocidas por su gran productividad, el agua de la Meseta Purhépecha es un recurso central y la disponibilidad de mano de obra en las comunidades hacen de la región de Tangancícuaro un espacio muy rentable.

Estamos pues ante el paisaje característico de lo que se distingue como el *agronegocio*⁵⁹ (Giaracca y Teubal, 2013). La presencia de estos túneles es por un lado la prueba directa de los cambios que se viven en el modelo productivo de tipo empresarial, pero además da cuenta de cómo se va desplazando la frontera agrícola conforme se adentra hacia los territorios boscosos circundantes de la comunidad de Patamban o se aleja del valle de Tangancicuaro. Según informaciones recabadas por medio de entrevistas con jóvenes trabajadores agrícolas de Patamban, los espacios de cultivo se han extendido tanto a las tierras ejidales de las localidades que se encuentran en el trayecto entre Tangancicuaro y Patamban⁶⁰, pero también a municipios más lejanos como Purépero (Michoacán). La expansión de esta frontera agrícola tiene que ver con el éxito del negocio por supuesto, pero supone también una movilidad cada vez mayor para los jornaleros, quienes deben realizar trayectos de hasta dos o tres horas para llegar a sus lugares de trabajo. Observamos aquí claramente la incidencia de este modelo de producción agrícola “no solo en el medio ambiente sino también en las poblaciones del entorno en el que opera” (Giaracca y Teubal, 2013, p. 426).

La región de Patamban ya ha sido un espacio de “inversión” o negocio. En épocas pasadas la comunidad y sus alrededores vivieron con la comercialización de la madera y más tarde con la producción de papa el mismo esquema: la presencia de empresarios “foráneos” que producen algunos años, se acaban los recursos y se van⁶¹. En el caso de las *berries* había estado sucediendo de la misma manera. Sin embargo, gracias a las visitas de campo, pudimos conocer la presencia de jóvenes empresarios locales; un elemento que interroga de modo distinto nuestro terreno pues durante el inicio de la investigación habíamos considerado como central la relación: capital extranjero-mano de obra local. ¿Qué supone en términos del control del territorio el hecho de que

⁵⁹ Un sistema que propicia el control, por parte de grandes empresas transnacionales, de sectores claves del sector agroalimentario.

⁶⁰ Estas localidades son San José de Gracia, Ruiz Cortines y Ocumicho. Hemos constatado la presencia de túneles también a lo largo de la carretera que conecta con los Reyes en los entornos de las localidades de Aranza, Guarachanillo, Tengüecho, Tarecuato.

⁶¹ En ese sentido, la perennidad de la producción de frutos rojos en la región es un factor que no hay que perder de vista. ¿Cuánto tiempo va a durar esta forma de trabajo? Dice la gente que ya hay algunas partes en que se está sembrando en maceta porque las tierras están agotadas. En este proceso, de nueva cuenta se vive una desposesión/exclusión de los agricultores medianos y un monopolio por parte de las transnacionales; solo quienes tengan el capital suficiente podrán avanzar en este desarrollo tecnológico, amén del discurso tecno-científico que suele presentarse como solución frente a problemas ambientales, lo que se conoce como Capitalismo Verde.

sean los “locales” quienes utilizan las tierras?, ¿Qué relaciones mantienen con los empresarios foráneos?, ¿Estamos ante un proceso de recuperación del control por parte de los agricultores locales, o bien se trata de una embestida total por parte del modelo empresarial capitalista que está invadiendo hasta la escala local el imaginario de los sujetos rurales?

La estandarización del proceso productivo

La consolidación de los espacios de agricultura intensiva de *berries* se desarrolla bajo el modelo de renta de tierras de propiedad ejidal o comunal a pequeños propietarios, y como hemos venido explicando, su producción sigue claramente las lógicas del mercado agro exportador internacional (Lara Flores et. al., 2014; Moraes et. al., 2012). Este modo de operación corresponde a un modelo convencional de organización laboral presente en muchas regiones agrícolas del mundo⁶². Su funcionamiento provoca formas múltiples de acaparamiento de tierras. Al modelo clásico de compra o arrendamiento que permite disponer de grandes extensiones de tierra vía la renta a varios propietarios, se añade lo que se conoce como el “acaparamiento por control” que es un mecanismo que permite a las empresas transnacionales monopolizar el uso de grandes superficies en la producción de monocultivos, pero sin tener que comprar o incluso alquilar la tierra (Edelman y Leon, 2014)⁶³.

La particularidad del modelo es que existe siempre una separación fuerte entre los empresarios que poseen o bien rentan las tierras que cultivan y las empresas exportadoras y comercializadoras que son quienes gestionan los flujos de producción. Se trata de una forma de implantación de las empresas que se conoce como “enclave agrícola” y que funciona como escala de conexión entre lógicas locales y la inserción en dinámicas globales. Lo que más interesa nuestra reflexión al respecto es el hecho que se trate de un proceso de estandarización en la forma de producción, mismo que se ha descrito como “agro maquila” o bien como “agricultura tutelada”.

Las empresas transnacionales mantienen el control sobre la producción, así como sobre los costos de la frutilla, pero delegan el proceso de producción y cuidado del cultivo en los propios

⁶² Caso de la Palma Africana en Guatemala, la soja en Argentina, la caña de azúcar y naranja en Brasil, las bananas en Ecuador; por citar sólo ejemplos en la región de América Latina, pero se trata de un fenómeno sin lugar a duda de escala global.

⁶³ En nuestro caso de estudio hace falta profundizar en el análisis de las modalidades particulares en que se desenvuelve este proceso de acaparamiento por parte de empresarios.

agricultores, quienes se someten a una estandarización en la organización del trabajo, vía contratos con las empresas que comercializan los productos. Es el hecho de que las frutas estén destinadas a la exportación, lo que hace que el agricultor se someta a los estándares de producción. Según relatan los entrevistados, la empresa a la que venden la fruta es la misma que les vende a ellos la planta, el “paquete tecnológico” e incluso los materiales necesarios al empaque. A esas empresas los agricultores entregan la frutilla diariamente, si la fruta cumple el control de calidad, esa misma empresa es quien se encarga de transportar la fruta refrigerada hasta la frontera norte en donde están *los brokers* o intermediarios en Estados Unidos, el principal mercado. Se trata de lo que se conoce como “agricultura por contrato”, el productor firma contrato con una empresa, ella misma dividida en diferentes unidades -refrigeración, empaque, transporte, comercialización-. Por lo general, existen productores financiados, que reciben de la empresa además de la plántula o semilla, los pesticidas o fertilizantes (costos que serán descontados del pago de la venta de la fruta) y quienes no están financiados, es decir que reciben solo la planta y ellos asumen los gastos/costos de los insumos químicos. Ambas figuras venden el total de su producción a la empresa de quien reciben normas de calidad e indicaciones técnicas de producción.

Este modelo básicamente conlleva a un fraccionamiento de la cadena productiva que corresponde bien al modelo fabril de tipo tylorista/fordista. Dicha fragmentación de la cadena de producción dificulta para los empleados el no identificar quién es el “verdadero patrón” (Garrapa, 2017). En efecto, los jornaleros se refieren al encargado de rancho, al mayordomo, al supervisor, como múltiples jerarquías en la organización del trabajo. Por otro lado, dado el control sobre los modos operativos, el trabajo se presenta como un conjunto de gestos concebidos y preparados por la dirección de la empresa y cuyo respeto es vigilado por ella misma. Se instaura lo que podemos llamar un “código de la disciplina de fábrica” (Coriat, 1982). A pesar de movilizar un saber-hacer específico en la medida en que los trabajadores cuentan ahora con la experiencia en la preparación de las tierras, la instalación y desmonte de los túneles, la preparación del surco, la limpieza de la maleza, el corte, el control de peso y color, la aplicación de los fertilizantes químicos, el empaque en *las baskets*, etc. la población jornalera se presenta en primera instancia como un conjunto homogéneo: mano de obra disponible⁶⁴.

⁶⁴ Según su definición en el diccionario Oxford. Disponible: que puede ser utilizado libremente. Similar: Útil, apto, utilizable, aprovechable, libre, desocupado.

Mover a los trabajadores

En la medida en que la población “se mueve” para ir a trabajar, podemos considerar que estamos ante una nueva geografía del empleo. Esta movilidad se organiza en tiempos y a distancias variables, dependiendo del “lugar de trabajo”. No estamos suponiendo que las comunidades hayan vivido hasta ahora sin relaciones al exterior, en realidad siempre han ido a buscar ingresos para su economía; lo que ha cambiado es que nunca una población tan numerosa había sido dependiente del empleo asalariado, ni se había desplazado de manera cotidiana para “ir a trabajar”. Lo que constatamos es la re-organización y/o complejización de los flujos de movilidad en diferentes escalas. Antes de la consolidación de la migración al Norte, hubo quienes dejaban las comunidades para trabajar justamente como jornaleros agrícolas en regiones como Colima o Nayarit. Se sabía en la región que había contrataciones y los hombres se iban. Esta migración de carácter circular-temporal, relativamente ritmada según las temporadas de cosecha de los diferentes cultivos en distintas regiones del país, es el contexto en el que emerge la categoría social del jornalero, por lo demás una condición bien documentada en nuestro país (Rubio, 2018; Velázquez, 2013; Lara Flores, 2008; Velasco, 1995). Como sabemos, el jornalero conjuga dos atributos: es un trabajador y se mueve. Podemos decir que se trata de un migrante asociado al trabajo agrícola, y que se relaciona por lo general con una movilidad interna o nacional. Por oposición, podemos decir que al irse al Norte (aunque se trabaje en los campos) se es norteño⁶⁵, no jornalero.

Como lo hemos descrito, la agro industria aparece como el campo específico de una nueva organización del trabajo en la que destaca la disponibilidad de trabajadores a tiempo parcial y altamente flexibles. A pesar de la mecanización en algunas etapas de la producción, el cultivo de las *berries* se caracteriza por una alta necesidad de mano de obra, hoy día principalmente conformada por jóvenes y con una alta presencia de mujeres. A la figura del jornalero, un trabajador móvil que se aleja de su lugar de origen se superpone la de un trabajador inserto en cadenas globales de producción, pero asignado a residencia y que se mueve a donde la empresa lo solicita.

Según diccionario de la RAE adj. Dicho de una persona: Libre de impedimento para prestar servicios a alguien. Quisieron contratarlo, pero no estaba disponible. -sorprende el ejemplo utilizado por la RAE-

⁶⁵ Actualmente, hay que agregar y pensar en una nueva categoría, la de *trabajador contratado*, que conjuga la figura del norteño y el jornalero.

El reclutamiento de los trabajadores funciona en la escala local y los tiempos de trabajo promueven una movilidad diaria. Por lo general, los trabajadores parten muy temprano por la mañana (5h-6h) y regresan por la tarde (17h-18h) al pueblo. Las distancias que recorren son variables, dependiendo de para quién trabajan y de en dónde se localizan los campos del patrón. Sus tiempos de trayecto son entonces variables, desde 20min para quienes trabajan en el perímetro de la comunidad, hasta distancias de 3horas. La movilidad se organiza mediante un sistema de “recolección” a cargo de los mayordomos, responsables de rancho o jefes de cuadrilla, quienes están a cargo de “mover a los trabajadores” que “ellos traen”. En algunos casos estos mismos intermediarios disponen de automóviles propios (pequeñas camionetas), en otros casos las empresas envían camiones tipo autobuses de transporte escolar para desplazar a los trabajadores hasta los campos de cultivo. Las camionetas se concentran en algunas esquinas de los distintos barrios, en la plaza del pueblo, o bien en puntos estratégicos de salida y entrada a la comunidad en donde recogen a los empleados. Aparecen en esos lugares puestos de comida, vendedoras de “lonche” y café.

La información o promoción de empleos disponibles circula por distintos canales: de voz en voz, -siendo nuevamente los responsables de rancho los principales intermediarios entre los agricultores inversionistas y los empleados-; pero también mediante anuncios en alta voz en la comunidad, con letreros en las tiendas del pueblo, o incluso vía las redes sociales. Es común ver en Facebook anuncios de parte de las empresas que anuncian contrataciones con pagos por día o semana.

La recrudescencia de una movilidad laboral cotidiana puede interpretarse como la posibilidad de “permanecer” en su pueblo y no tener que “irse” a trabajar fuera. En realidad, esta ecuación se enfrenta a una serie de tensiones: la ausencia de otras alternativas de empleo locales, la imposibilidad de irse al Norte; la empresa agrícola como única forma de desarrollo en tanto fuente de empleo -“es lo que hay, hay que sacar para la papa”-; la percepción de los oficios locales como el de artesano o pequeño agricultor condenados a la precariedad vs la regularidad salarial que permite la fresa: “como quiera, saca uno algo cada semana”.

En realidad, una de las principales vías de reorganización del territorio promovida por el capital agro industrial es la movilidad cotidiana de los trabajadores que sirve como mecanismo

para “captar” a la mano de obra local. Los trabajadores no necesitan irse (no pueden irse), pero la empresa los mueve, suerte de empleados cautivos. Percibimos, en suma, un proceso de “administración”⁶⁶ de la movilidad de la población a través de la reestructuración de los mercados laborales. Podemos observar como en el entrecruzamiento entre la reorganización del territorio a partir de la especialización productiva -en este caso por el incremento de tierras rentadas al capital foráneo o bien al provocar la reconversión de agricultores locales al mono cultivo de las berries- y la gestión de la mano de obra - reclutamiento local y desplazamiento- se gesta un nuevo orden del trabajo agrícola.

Distinguir el análisis del empleo y el trabajo: algunas pistas

Como hemos visto hasta ahora, el capitalismo agroexportador conjuga una doble lógica de organización del territorio por un lado mediante lo que describimos con el acaparamiento de tierras y el avance de la frontera agrícola en las tierras de tipo ejidal o comunal, proceso que bien podemos describir como despojo o extractivismo; por el otro, a través del ordenamiento de la circulación de la mano de obra. Es clara la articulación entre movilidad del capital y movilidad de la fuerza de trabajo como fórmula de organización de los territorios rurales. Como sabemos, este modelo es prueba de un modelo que caracteriza a las economías latinoamericanas en la fase de mundialización por lo menos desde los años 1980 en que se imponen las políticas de ajuste estructural bajo la acción combinada del Estado y el capital transnacional. Lo que aquí nos gustaría desarrollar para los fines de nuestra reflexión, es la forma en la que este modelo condiciona los procesos de trabajo y la organización laboral.

Cuando líneas arriba hemos apelado a las metáforas de la maquila rural o del campo como fábrica, es porque sin duda una de las características más apremiantes del modelo agrícola controlado por las empresas transnacionales tiene que ver con la implementación de un modelo de producción como el fabril, a través de la segmentación y la jerarquización del proceso productivo;

⁶⁶ Utilizo aquí *administrar* no de modo gratuito sino al contrario, por la cercanía que permite sugerir respecto al vocabulario empresarial.

dentro del cual se gestan además, mecanismos de imposición de dispositivos empresariales de tipo managerial⁶⁷ (Linhart, 2015).

Según documenta el trabajo clásico de Benjamin Coriat, “El taller y el cronómetro” (1982), con el Tylorismo se gesta un momento en el que el *scientific management* se concentra en hacer del “oficio el blanco del ataque”. Se trata de un proceso en el que se visualiza claramente una suerte de “rompimiento” del gesto del obrero, cuyo objetivo es dominar y dictar los modos operativos. Si el “oficio” era considerado antes como un “valor” en tanto un saber particular de parte del obrero, el tylorismo considera en éste un obstáculo a la acumulación del capital, y busca por ello una regularización y sometimiento de los trabajadores a partir de la cosificación del oficio por parte de la dirección de la empresa. Este proceso culmina posteriormente con la etapa fordista cuando se implementa la producción en serie: la cadena. El trabajo fordista impuso una separación entre los trabajos de concepción y los de ejecución e instauró de modo frontal el fraccionamiento de las tareas, en aras siempre de mayor productividad. “Todo está regulado”, así es como explican los trabajadores la organización estandarizada y bajo control de las diferentes etapas del proceso de cultivo de las berries.

Por otro lado, los análisis sociológicos del trabajo han puesto de manifiesto la dificultad ante la cual el modelo fordista pone al obrero: sometido al sometimiento de una cadencia regulada, éste vive una pérdida de iniciativa o de perspectiva integral, en relación con los arreglos, malabares, o habilidades de improvisación que le permitirían componer o solucionar aspectos del proceso de producción (Déjours, 2018). Lo que podemos observar en el terreno, es que las corporaciones necesitan articular orgánicamente los saberes corporativos (del buen comportamiento de sus trabajadores, supeditados como están frente a las empresas exportadoras) con los saberes técnicos locales. Podemos decir que asistimos a lo que Figari ha calificado como la «captura del saber técnico» (Figari, 2016); en nuestro caso de estudio a partir de un proceso en

⁶⁷ Los trabajos de D. Linhart (2015) tienen una relevancia que hace falta explotar de modo más profundo en el marco de esta investigación. En particular, los trabajos de esta autora explican que a partir de los años 1980 el trabajo «moderno» está anclado en la lógica del *management* en la que reinan modelos de personalización del trabajo, de implicación, iniciativa, participación y responsabilidad por parte del empleado-trabajador. Dichos modelos, promovidos desde la libertad del trabajador, paradójicamente generan mayor alienación, puesto que se crea un proceso de individualización, de descolectivización y por ende de des-identificación profunda entre el trabajador y su actividad de trabajo.

el que podemos identificar la articulación de distintos saberes en los entornos laborales. Primero, podemos decir que los conocimientos campesinos locales son aprovechados por parte de las empresas, no es anodino que las personas tengan una experiencia de trabajo con la tierra; “somos gente de campo” dicen. El conocimiento del entorno, el clima, flora y fauna, son parte de este saber. A éste se suman saberes acumulados en el caso de personas que han sido migrantes y que por ende tienen saberes técnicos que han aprendido del modelo corporativo/empresarial en Estados Unidos. La explotación laboral, si bien disimulada bajo el contrato salarial; es en este caso subsumida en la lógica de extracción o desposesión de dichos saberes. La desposesión es en realidad inherente a la explotación.

Ahora bien, visto así, estamos considerando la relación del trabajador con el capital, y considerando su posición dentro de la estructura, en este caso capitalista. Los sujetos se presentan al análisis en su condición de dependientes o bien siendo el resultado de las relaciones sociales que la misma estructura genera. Es decir que los trabajadores aparecen como “obligados” a adaptarse o incluso a plegarse a las nuevas condiciones del trabajo asalariado agrícola; lo que hace visualizar al sistema de relaciones impuestas por la estructura capitalista como central en el análisis. ¿Podemos acaso extraer el análisis del trabajo de las lógicas economicistas y mercantiles en las que le coloca el sistema capital-extractivo del *agrobusiness*?

En realidad, durante los primeros intercambios que tuvimos con los trabajadores de la fresa, llamó nuestra atención la manera en que nos describieron: 1)- los gestos o movimientos del cuerpo que necesitan realizar para llevar a cabo el trabajo: “se agacha uno”, “se acomoda uno el bote” y 2) -las herramientas que utilizan: “un como cinturón que se coloca en la cintura, puede ser un lazo, puede ser una bufanda, o una como fajita... cada quien se la hace, como tú te acomodes para que no te lastime”; “mide uno la fresa en un como arito de metal, y si cabe ahí, es que no pasa, se va para el proceso”⁶⁸. Estas primeras explicaciones respecto a lo que representa el trabajo en las berries han sido la pista que hemos querido seguir para buscar dar vuelta a la ecuación. Se trataría entonces de entender, cómo las lógicas gerenciales de la agroindustria y el trabajo asalariado se

⁶⁸ « El proceso » es el destino de la fruta que no cumple con las medidas de calidad para exportación. Se destina entonces a su conversión en mermeladas u otros, según nos explicaron.

inscriben en el entorno local y qué sentido adquieren en el seno de la sociedad, tratando siempre de posicionar al trabajo como objeto principal del análisis.

¿Cómo desarmar esa articulación que tendemos a considerar como equivalente: empleo = trabajo? Una primera estrategia de interpretación consiste justamente en distinguir al empleo del trabajo, distinción que posibilita pensar el trabajo más allá de su dimensión como mercancía que es la calidad en la que lo coloca el agronegocio. Si distinguimos el empleo como la actividad realizada a cambio de un salario, éste remite a la realización de una actividad remunerada. Al contrario, el trabajo debe pensarse como una “dimensión positiva de nuestras actividades de producción o de servicio” (Stiegler, 2015). Trabajar puede entonces concebirse como la expresión de un saber, la facultad de obrar a partir de automatismos interiorizados pero que el sujeto es capaz de des-automatizar, abriendo entonces la posibilidad de crear, inventar, reaccionar a lo imprevisto, tomar decisiones, y en suma desarrollar sus propias capacidades. Se trata, en esta perspectiva, de afrontar la posibilidad de pensar el trabajo en tanto experiencia subjetiva. Si un empleado se somete a su actividad en lugar de ser el creador, es porque el capitalismo reposa en una economía de la incuria basada en la destrucción sistemática del cuidado; y un trabajo sin cuidado no es más el resultado de un trabajo de oficio (Stiegler, 2015).

Una segunda estrategia analítica consiste justamente en repensar el trabajo a partir de devolver valor al “gesto del oficio”, el “gesto-saber”. El trabajo de Coriat que hemos citado líneas arriba nos recuerda que el “saber de fabricación” fue durante el siglo XIX la piedra angular para destruir la organización obrera y su capacidad de resistencia; es decir su fuerza. Al organizar el trabajo a partir de la combinación de las fuerzas individuales de los trabajadores, la fábrica crea la ilusión de una cooperación entre éstos, pero en la que ninguno tiene un control sobre el proceso productivo puesto que éste ha sido fraccionado. Si lo propio del proyecto taylorista en la organización científica del trabajo ha sido el romper la relación del trabajador con su trabajo a partir de imponer la repetición cadenciosa de los mismos gestos, es porque se busca hacer actuar al trabajador de manera mecánica, sin pensar, sin reflexionar. ¿Cómo recuperar la posibilidad de una identificación entre el trabajador y lo que hace?

Revertir la alienación del trabajo vía los saberes: alternativas de estudio

Hasta ahora la manera en que he dado cuenta de la organización del empleo en la agroindustria da cuenta de una relación empresa-empleado. Incluso podemos dar cuenta de una suerte de jerarquización entre los empleados: quien pone a producir su tierra según los lineamientos del capital es también un empleado a pesar de mantener un control sobre sus medios de producción. En el final de la cadena estaría el trabajador jornalero que vende su fuerza de trabajo de modo cotidiano. No pretendo que es posible abstraerse de la relación capital-empleado, pero en una suerte de vuelta de tuerca, sugiero la posibilidad de pensar el trabajo fuera o más allá de su dimensión mercancía. En esta perspectiva, mi propuesta es la de considerar una descripción del trabajo desde el punto de vista de su actuar, como una acción que se desarrolla en el acto mismo de trabajar. Recupero en este sentido el planteamiento de Alain Supiot (2019) quien sugiere que trabajar es poner una parte de sí en lo que se hace, la idea subyacente es que no es posible, como lo supone el proyecto taylorista, el hacer actuar solo de manera mecánica a los trabajadores, puesto que en realidad hay siempre, de alguna manera, invención de sentido, imaginación o emoción, en tanto parte de la inteligencia humana, en la manera de relacionarse con su trabajo. Incluso la distinción de la etimología del trabajo permite separar el trabajo en tanto esfuerzo físico, penoso, arduo o difícil; y la acción en tanto saber hacer.

Por su parte, Pierre Bouvier (1991) desde hace varios años sugería afrontar el análisis del sentido del trabajo, a partir de considerar que el trabajo funciona como generador de “conjuntos poblaciones” coherentes y específicos. Ante la figura amorfa de los trabajadores rurales como si se tratara siempre de personas equivalentes o sin singularidad, estos “conjuntos poblaciones” pueden permitirnos considerar a los sujetos bajo la forma de colectivos al interior de los cuales se llevan a cabo procesos de transmisión de saberes. Esta perspectiva permitiría considerar el trabajo en tanto un oficio, como un cuerpo profesional, en donde a partir de gestos y saberes específicos, puede gestarse una tradición ocupacional que sería la base para delimitar formas de inserción social y una utilidad social particular.

Si bien, no cabe duda que la organización de la producción agrícola en los espacios rurales está funcionando dentro de los grandes marcos del modelo impuesto por el agro negocio a partir de sus principales mecanismos: fragmentación espacial de los procesos de trabajo, involucramiento de diversos agentes a lo largo del proceso de producción y distribución, y por supuesto según una alta flexibilidad de los empleados; lo que defendemos es la necesidad de

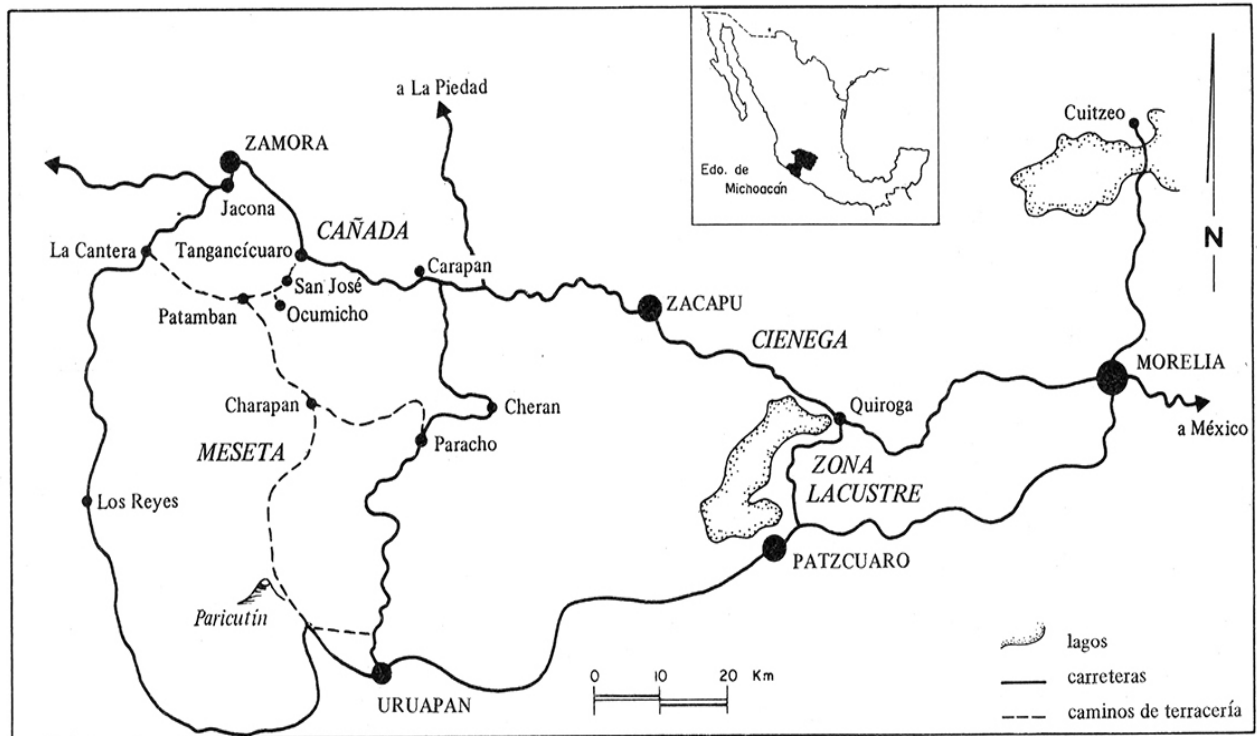
visualizar a partir de espacios laborales concretos cuáles son los mecanismos mediante los que los sujetos reordenan sentidos, jerarquías y en modo ampliado relaciones sociales a partir de las cuales “valoran” sus actividades de trabajo. En esta perspectiva se trataría de considerar aspectos subjetivos del trabajo mediante los cuales los sujetos enuncian formas de razonamiento cotidiano y específicos respecto a la actividad que realizan. Es en ese sentido que sugerimos una separación analítica entre empleo y trabajo como estrategia que permita abrir pistas de entendimiento respecto a cuáles son las potencialidades positivas de formas de trabajo específicas.

Ante una precariedad laboral que se manifiesta determinada por las correlaciones de fuerzas entre el gran capital y los diferentes actores sociales que son involucrados en dicho modelo, la propuesta hecha por De la Garza Toledo (2009) respecto a considerar la “construcción social de la ocupación” en tanto un proceso en el que pueden considerarse tanto las ocupaciones asalariadas como las que no lo son, parece fructífera para conjugar el sentido del trabajo fuera de la relación bilateral simple entre asalariados y empresarios. Trabajar es relación, sugiere De la Garza Toledo (2009); relación con objetos que provienen de la naturaleza, relación con la tierra y los frutos en el caso de los trabajadores jornaleros, relación también con objetos materiales (herramientas y aditamentos en el proceso de producción) pero es, sobre todo, interacción social, articulación con relaciones sociales económicas por su puesto, pero también relaciones de interés, de influencia, culturales. Si bien el trabajo en la fresa es claramente identificado por los sujetos como la alternativa laboral para poder vivir, y aunque nos queda claro que existe una forma de sujeción al modelo productivo capitalista agrícola, nos parece que identificar cómo los sujetos rurales viven de esta forma de trabajo, como invierten los espacios de trabajo y cómo piensan o describen su actividad laboral, permite visualizar como a través de la actividad de empleado jornalero se pueden desenvolver cogniciones particulares, sentimientos de identificación o realización tanto como de indiferencia o de utilitarismo. Se trataría en suma de poder observar de modo más fino, cuáles son las estrategias que los trabajadores agrícolas despliegan frente a la inseguridad y vulnerabilidad de su actividad laboral, para entonces generar procesos sociales que sirven para abstraerse de su condición de mano de obra sin identidad laboral, que es el lugar que insiste en darles el modelo capitalista neoliberal.

Queda mucho por avanzar en un análisis que permita desentrañar en el cotidiano del trabajo la eficiencia identitaria del trabajar, y también, creemos que hace falta reconsiderar la potencia

heurística del trabajo en tanto actividad, práctica, saber-hacer, desde donde sea posible entender el sentido de los gestos en el oficio del trabajador como una ruta posible que permita contrarrestar las precariedades en el mundo laboral.

Mapa 1. Región Purhépecha



Fuente. Cécile Guy-Gilbert.

Referencias

- Alarcón, R. (1999). Migración internacional y región: el Bajío Zamorano en la década perdida. En: Papeles de Población, vol. 5, núm. 22, octubre-diciembre, pp. 43-68. Universidad Autónoma del Estado de México. Toluca, México.
- Alvarez, J. (1985). Zamora antes del boom fresero. *En Relaciones*, 23, pp. 39-59.
- Bartra, Armando. 2014. Ethos, clase, predadores, paradigma. En: *Agriculturas campesinas en Latinoamérica. Propuestas y desafíos*. Francisco Hidalgo F., François Houtart, Pilar Lizárraga A., editores Quito: Editorial IAEN. pp.269-276.

- Bouvier, P. (1991). Socio-anthropologie du travail. *En: Journal des anthropologues*, 43, pp. 137-143.
- Calderón, F. 2009. “L’espace d’habitation comme miroir identitaire. Le cas des migrants de Patamban (Michoacán, Mexique) aux Etats-Unis”. *Cahiers de l’IHEAL*, 59, 57-78.
- Calderón, F. y Odgers O. (2014). “*Prácticas devocionales y construcción del espacio en la movilidad*”. Alteridades. UAM-I. México.
- Carton, H (2009). “La desagrarización del campo mexicano”. *Convergencia* 16 (50), 13-55.
- Carton, H. (2004). La nueva ruralidad en América Latina. *En: Revista Mexicana de Sociología*, 66, número especial.
- Coriat, B. (1982). *El taller y el cronómetro. Ensayo sobre el taylorismo, el fordismo y la producción en masa*. México: Siglo XXI.
- De la Garza, E. (ed). 2016. *Los estudios laborales en América Latina. Orígenes, desarrollo y perspectivas*. México: Anthropos, Barcelona y Universidad Autónoma Metropolitana.
- De la Garza, E. (2009). Trabajo atípico ¿identidad o fragmentación? Alternativas de análisis. *En: Trabajos atípicos y precarización del empleo*. Edith Pacheco, Enrique de la Garza, Luis Reygadas (coord). El Colegio de México.
- Durand, J. (2006). Comment repenser le travail?. *En: L’homme et la société*. 162, pp. 11-18.
- Edelman, M. y Andrés L. (2014). *Ciclos de acaparamiento de tierras en Centroamérica. Un argumento a favor de historizar y un estudio de caso sobre el bajo Aguán, Honduras*. Anuario de Estudios Centroamericanos: Universidad de Costa Rica.
- Feder, E. (1977). *El imperialismo fresa*. México: Editorial Campesina.
- Figari, C. (2020). El cotidiano laboral en grandes corporaciones: el saber-hacer en la disputa capital-trabajo. *En: Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo*. Hernán M. Palermo y María Lorena Capogrossi (coords). Buenos Aires : CLACSO ; CEIL ; CONICET. Argentina. pp. 265-297.
- Garrapa, A. (2017). Corporate food regime y jornaleros inmigrantes en la recolección de fresas en California. *Norteamérica*, 12(1), 233-264.
- Giarraca, N. (Comp). 2001. ¿Una nueva ruralidad en América Latina? CLACSO. Grupo de trabajo Desarrollo Rural. Buenos Aires.
- Giarracca, N. y Teubal, M. (2013). “*Las actividades extractivas en la Argentina. Introducción*” en: Giarracca, Norma. 2017. Estudios rurales y movimientos sociales: miradas desde el Sur. Antología esencial/ Buenos Aires: CLACSO. Libro digital.
- Gras, C. (2013). “*Agronegocios en el Cono Sur. Actores sociales, desigualdades y entrelazamientos transregionales*”, *desiguALdades.net Working Paper Series 50*, Berlin

- Gras, C. y Cáceres, D. (2017). El acaparamiento de tierras como proceso dinámico. Las estrategias de los actores en contextos de estancamiento económico. Land grabbing as a dynamic process. Actors' strategies within contexts of economic stagnation. *Población y Sociedad*, 24 (2), pp. 163-194.
- Gudynass, E. (2017). Los extractivismos frente a los ambientalismos. *Revista Nueva Sociedad*, 268.
- Harvey, D. (2004). Le "nouvel impérialisme". Accumulation par expropriation. En: *Actuel Marx*. N° 35, pp. 71-90.
- Kay, C. (2009). Estudios rurales en América Latina en el periodo de globalización neoliberal: ¿una nueva ruralidad? *Revista Mexicana de Sociología*. 71, (4).
- Lara, S., Sánchez, et al, (2014). "Asentamientos de trabajadores migrante en torno a enclaves de agricultura intensiva en México: nuevas formas de apropiación de espacios en disputa". En: *Andrés Pedreño Cánovas (coord): De cadenas, migrantes y jornaleros. Los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*, 150-70. Madrid: Talasa.
- Linhart, D. (2015). *La comédie humaine du travail. De la des-humanisation tylorienne a la sur-humanisation managériale*. Francia: Eres. Toulouse
- Martínez, M. (2010). Nueva ruralidad: la "remake" del termino pluriactividad. *Nómadas. Critical Journal of Social and Juridical Sciences*, 26, (2).
- Moraes, N., E. Gadea, A. Pedreño, et C. De Castro. 2012. "Enclaves globales agrícolas y migraciones de trabajo: convergencias globales y regulaciones transnacionales". *Política y Sociedad* 49 (1): 13-34.
- Paleta, G. (2012). Territorios y ruralidades: jornaleros agrícolas en el cultivo de zarzamora en el valle de Los Reyes, Michoacán, México. *Revista de Antropología Experimental*, 12, pp. 17-28.
- Palermo, M. y Capogrossi, M. (2020). *Tratado Latinoamericano de Antropología del Trabajo*. Buenos Aires, Argentina: CLACSO, CEIL, CONICET, CIECS.
- Osorio, J. (2012). *Estado, biopoder, exclusión. Análisis desde la lógica del capital*. México: Anthropos.
- Salas, H. y González, I. (2013). Nueva ruralidad. Procesos sociolaborales y desagrarización de una sociedad local en México (1980-2010). *Gazeta de Antropología*. 29, (2).
- Stiegler, B. (2015). *L'emploi est mort, vive le travail! Entretien avec Ariel Kyrrou*. Ed. Mille et une nuits. Francia.
- Supiot, A. (2019). *Le travail n'est pas une marchandise. Contenu et sens du travail au XXI siècle*. Conferencia de clausura pronunciada en el Collège de France.
- <http://books.openedition.org/cdf/7026>
- Extrait de: Alain Supiot. « Le travail n'est pas une marchandise. Contenu et sens du travail au xxie siècle. » iBooks.
- Thiébaud, V. (2011). Paisajes rurales y cultivos de exportación. Valle de los Reyes, Michoacán. En: *Trayectorias*, 13, (32). pp. 52-70.
- Velasco, L. (1995). Entre el jornal y el terruño: los migrantes mixtecos en la frontera noreste de México. *Nueva Antropología*, 47: 113-129.